

Chantal Maillard
**La compasión
difícil**



Galaxia Gutenberg

Chantal Maillard

La compasión difícil

Galaxia Gutenberg



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación,
Cultura y Deporte.

También disponible en eBook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2019

© Chantal Maillard, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 500-2019
ISBN: 978-84-17355-80-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

LIBRO PRIMERO

EL HAMBRE

Hoy era como ayer
El principio de los tiempos era como ayer
La luz del sol no brillaba, el claro de luna no
ascendía en el cielo

ANÓNIMO,
Mesopotamia (Irak)
Tercer cuarto del tercer milenio a. e. c.

DIOSES

Cayeron. O más bien se posaron. Se despojaron de sus alas. Seres de ambigua naturaleza que espantaban a las bestias. Tan pálidos como resplandecientes parecían durante la contienda. Duró días con sus noches; la luna cambió de lugar varias veces mientras cruzaban los cielos, redondos como soles, los carros voladores. Algunos pasaban rozando en llamas la copa de los árboles. Otros se posaron. Los seres pálidos caminaban sobre dos extremidades. Caminaron con frío buscando abrigo por un mundo que no les pertenecía. Buscaron refugio. Se aparearon con aquellas de entre las bestias que más se les parecían. Al animal que nació de su simiente le llamaron hombre.

Y uno de ellos dijo: «¡Seguidme!
Heredaréis la Tierra
y los mansos serán vuestro alimento».

Así podría haberse contado. Así tal vez podría haber sucedido. O tal vez no.

*

No cayó uno tan sólo. Cayeron legiones. O al menos los suficientes como para poblar el mundo con una nueva raza.

Animales desprovistos de cornamenta. Indefensos. Desgraciados.

*

¿Quiénes fueron, de entre todos los dioses, los vencidos que, junto con su simiente, ofrecieron al animal que fuimos un poco de su luz y la incierta fortuna de un juicio malogrado? ¿Quiénes fueron aquellos que, por error o maldad, nos engendraron híbridos de inmortal y de bestia, conciencia delirada sedienta de vida, animal perdido de sí y despojado de su inocencia?

*

Extraña criatura, defectuosa hasta en sus más tristes pliegues. Huérfana del dios que inventó el gran criadero. Extraña criatura que aún siente en la espalda el cosquilleo de las alas amputadas.

*

En la fachada trasera de la iglesia de Theotokos Gorgopikoos, en el centro de Atenas, una dovela esculpida muestra la caída de un personaje alado. Cae de espaldas. En la parte superior del relieve asoma parte del ala de otro personaje y otras dos piernas, mutiladas. O así podría verse.

Pueden contarse muchas historias a partir de una imagen. En este caso es probable que la historia fuese otra. Que aquella piedra, perteneciente a una construcción anterior, se hubiese colocado del revés y el personaje no cayese, ni fue-

sen alas el vuelo de la túnica. Pueden verse muchas escenas a partir de una idea. Las historias del comienzo son aquellas que contamos para pensar que las cosas tienen algún sentido. El sentido es el trayecto que recorreremos hacia atrás, en la cadena de causas, en busca del primer eslabón. A imagen de la razón, las historias: causas, efectos, derivaciones, derivas, pérdidas.

Por lo que aquí nos interesa, prefiero entender, contra toda evidencia, que el personaje cae de espaldas y que son alas los pliegues de la túnica.

*

No cayó uno solo. Cayeron legiones.

Y modelaron un muñeco de arcilla –o era de carne, no lo sé– y apuntalaron sus miembros con los clavos del deseo. El ansia. La codicia. Las formas que el Hambre tiene de mantener la vida.

No importa que los clavos fuesen de hierro, de fuego o de palabra: el gesto es el mismo.

*

Huyeron. Ante el gran despropósito, huyeron los dioses llevándose consigo al niño que, jugando a ser como ellos, dejó escapar de entre sus dedos el universo.

EL HAMBRE

Sé bien que la primera palabra que se escribe –o la que se pronuncia– no tiene importancia. La que tiene importancia es la última, siempre. La gente piensa –¿la gente? Sí, ese ser múltiple, irreflexivo, memo– que lo que importa es el comienzo. Se retrepa en su asiento, recompone los huesos y espera a que se abra el telón. La historia. Espera a que comience la historia. Espera a que le cuenten una historia. A partir del final no hay historia. Por eso el comienzo. A la gente le gustan los comienzos. Por eso celebra los nacimientos.

No es el nacimiento lo que importa sino el hambre. Todo lo que vive se sostiene sobre el hambre. Y el hambre es el otro, la depredación del otro, la muerte del otro.

Pero ved con qué extraño placer se entregan las madres al hambre del hijo. Con qué... amor –¿amor? ¿Sabéis lo que encubre esa palabra, lo que se disimula en esas cuatro letras? Sin duda no. Si lo supieseis no volveríais a pronunciarla. «¡Somos hijos de los dioses, los dioses nos aman!», exclamáis. ¿Habéis pensado alguna vez en el oscuro mecanismo del que formamos parte?

El motor perpetuo... Quién podría imaginar sistema más perfecto. Su mayor perversidad: el doble dispositivo que todos llevamos integrado. Uno, la conformidad con las reglas de la existencia, que incluyen la valoración positiva de la misma. El otro, la voluntad de sobrevivir.

Quienes logren contemplar la rueda con ecuanimidad, coincidirán en que negar la vida es el único acto de libertad posible; el no a la vida, la única posible rebeldía.

Pero celebramos los nacimientos. Hacemos muecas ridículas ante la larva que se agita en sus pañales –el primer sudario de aquel que ya empezó a morir–, que burbujea, se distiende, se esfuerza, grita. Grita el hambre que le atenaza. Grita la sed a la que ya reconoce como propia, grita la dolorosa contracción de los órganos, grita exigiendo a quien le ha forzado a ello el tributo por haber nacido. Y la madre descubre el trozo de carne blanda, abultada, el pezón oscuro perforado, lo acerca a aquella boca-orificio-estoma y contempla enternecida al nuevo ser que extrae de su cuerpo –su primera víctima– el elixir de vida.

*

Remontar la cadena infinita de los hechos, su proceso, hasta los inicios. Averiguar en la propia carne el lugar donde se entrelazan las secuencias, las primeras huellas, la primera violencia. Llevo en mi sangre la dentellada del felino, el letargo del saurio, el camuflaje del pez en las simas, el latigazo electrificante de la raya. Y el hambre. Un hambre atroz, siempre renovada, siempre insatisfecha.

¿Cómo no compadecer?

El hambre es el combustible; la muerte, la semilla. El mundo es la perpetua representación de una violencia primera. La existencia, el resultado de esa violencia.

*

Compasión: la parte que heredamos de los ángeles caídos.

Culpa: la parte que heredamos de los dioses.

COMIENZOS

El mundo. Retroalimentación productiva de los elementos. Auto-producido. Auto-reproducido. Máquina perfecta. Movimiento integrado. Cada uno de los seres dotado de un sistema de procesamiento (nutrición y deyección) autónomo. Cada uno de ellos dispuesto a ser pasto de otros que a su vez lo serán de otros, y así hasta cumplir el círculo. La autonomía como aglutinante, como concatenante.

El mundo. Un mundo. Multiplicidad sonora. Diversificación de la energía proyectada. ¿Por una voluntad?
Todo supuesto es lícito; toda creencia, ilegítima.

*

Sonido pues, si se quiere. Materia sonora. Modulación o refracción, es lo mismo. Que sea una u otra cosa depende tan sólo del sensor que se utilice: el oído, la vista, el tacto o incluso el olfato o el gusto. No hay metafísica del olfato. En cambio, la hay del gusto. El *brahman* puede saborearse, decía el autor del *Tantrāloka*: el placer de la representación es el sabor del supremo *brahman*. ¿Qué divinidad puede olfatearse?

*

Una primera vibración, una agitación, un primer espasmo, una sacudida atraviesa el espacio al tiempo que lo ins-taura. Las formas como resonancia. Para nadie. Para nada aún. Ni forma siquiera antes del ojo. Sin diferencias antes del ojo. Nada previo, ningún substrato, tan sólo una vibra-ción que, aumentando y disminuyendo la frecuencia de sus intervalos, se difracta en múltiples sonoridades, desde lo im-pronunciable a las infinitas modalidades de lo audible. Así es como, en la segunda mitad del siglo VII, Bhartṛhari, a quien Abhinavagupta consideraba uno de sus maestros, en-tendía la aparición del mundo.

*

En un principio fue el sonido, dicen las antiguas escritu-ras védicas. En el *Atharva Veda* y el *Aitareya Brāhmaṇa* se lo denomina *vāc*: sonido primordial.

Luego fueron las resonancias. Y el verbo –el acto– se conjugó. Yo, tú, nosotros, vosotros, ellos: pro-nombres aún, próximos al nombre que consagra la diferencia.

¿Las formas? Pura reverberación. Analogía sonora.

En la vertiente opuesta quedó aquel sonido impronun-ciable. Palabra inversa, palabra de retorno.

REBELDÍA

Rebeldía. Hbris. Contra-vención. Contra-dicción. El No a la vida es evidentemente contradictorio: lo profiere un ser que vive. Admisible tan sólo si se quitase la vida mientras lo profiere, si convirtiese el No en el arma que pusiese fin a su vida, si negar fuese acto al tiempo que palabra.

Dicción contraria pues, ilícita, transgresora. El No se profiere en el límite. En los márgenes. Ni vivo ni muerto, quien contra-dice se sitúa, aun en vida, en un lugar donde el habla es palabra inicial, palabra antes de la palabra, palabra-resonancia, palabra-fuerza, palabra activa. Proferir la palabra, la anti-palabra, el verbo necesario para la inversión: rebelarse.

*

La mirada vuelta hacia atrás, antes de las diferencias, antes del olvido.

No todo suicida es libre. Sólo aquel que al quitarse la vida lo hace en rebeldía. Aquel que dice No. El ángel rebelde.

No es libre aquel que se suicide por pena, por dolor, por una idea, una creencia o cualquier otra forma que adopte la insatisfacción, sino el que lo haga contemplando el sin-

sentido de la rueda, la maquinaria tenebrosa, el maquiavélico artefacto del que caen seres como granos de trigo en la cosecha.

Saludo la libertad de aquél, yo, la más cobarde.

*

¿Y aún seguiréis confundiendo el poema con la sensible-
ría? ¿A qué llamáis amor, a qué, belleza?

BELLO

A punto siempre de irse. Preparando la salida nada más llegar. Entre uno y otro destino, atravesar arenas escurridizas, tierras cuarteadas por el sol o por el hielo. Arrastrando las prótesis necesarias. Y otras innecesarias. Arrojando la frágil envoltura, la piel desnuda, anudando el cuero en las bisagras de las filamentosas extremidades. Cuerpo, le dicen, a lo que se desplaza. Acostumbrados a él. A sus excreciones. A sus peristaltismos. A sus secreciones. Diez orificios, al menos, fluyendo sin parar. Bello, dicen, el animal erguido, que mal puede proteger las glándulas externas que precisa para proliferar. Y cuánta flacidez después de la edad fértil. Cuánta inútil gravedad hasta volver a ser el pasto que a otros alimenta.

Un perfecto ensamblaje, un organismo autónomo. Dóctiles criaturas que, nutriéndose unas de las otras, asumen sin juicio el precepto del hambre, desgarrando su cuerpo para reproducirse y perpetuar así el sacrificio. *Universo*. Un ingenioso artefacto, sin duda, pero ¿admirable?

*

Si algo hay más perverso aún que el mecanismo del hambre en el que nos hallamos presos es esa tendencia a encontrarlo hermoso. Hay en el humano una disposición a quedar

fascinado, una admiración fascinada ante la coherencia del universo, el sutil ensamblaje de sus elementos, su perfecta articulación. Sin ello, sin esta fascinación, ¿acaso aceptaría ser la pieza que es en la gran maquinaria?

La admiración, aquel deformado cristal con el que la mente juzga hermoso el siniestro artefacto, forma sin duda parte del diseño. La admiración es el movimiento que nos lleva a situarnos sin resistencia en el lugar que corresponde. El juicio que formula lo bello no es otra cosa que el testimonio del íntimo acuerdo de la pieza con su función.

«Armonía» fue la palabra con la que los antiguos griegos designaron la buena conjunción de las partes. Los pitagóricos la aplicaron al orden de las esferas; Aristóteles, a la supuesta concordancia del entendimiento con la naturaleza. Pero ¿qué es la naturaleza para el entendimiento sino la re-flexión imaginal de unas respuestas neuronales o, en la expresión de otro filósofo, el resultado del ejercicio de las facultades de representar? Sin esa admiración, sin ese profundo y programado acuerdo con el sistema, ¿consentiría con tanta facilidad el animal humano en perpetuarse?

Todo es acorde al diseño. A lo que atrae decimos bueno; a lo que repele, malo, y a lo que nos suspende, hermoso. La hermosura es la pausa que necesitan las células más inestables (sensibles, dicen) para seguir cumpliendo su función.

*

No obstante, hay células que no aciertan a vincularse a las demás o que se desvinculan, o simplemente refuerzan sus membranas porque el roce, tan sólo el roce de un sonido, las perturba o las daña. Células perturbadas, según algunos, en-

fermas. Células que deciden no cumplir su función –¿es acaso una neurona otra cosa que su función?– y se detienen. Deciden detenerse. Y entonces oyen el universo, o su estruendo, rugiendo allá fuera. Un intenso e imparable rugido, una atronadora catarata, de la que el canto de los pájaros no es sino el engañoso murmullo.

*

La discordancia de su voz. La desecada acentuación de su lenguaje. Sus inhóspitas guaridas. Sus devastados territorios. Su amor a la sangre derramada sin hambre y al alimento arrebatado sin esfuerzo. Privado del olfato y del saber antiguo que tal vez antaño le guiase. El animal humano. Desnudo en su desnudez.

Bello, dicen. ¿Qué es la belleza sino una argucia para mantenernos con vida y disuadirnos, en caso de que ésa fuese nuestra intención, de ponerle fin?

La rebeldía empieza allí donde despunta la sospecha de lo que juzgamos bello.

*

Belleza y fealdad, concordancia y discordancia son, ciertamente, en cada caso, los dos extremos de un mismo surco. Con la misma saliva se dicta lo bueno y lo malo, lo bello y lo que no. Nadie sale de sí por el otro extremo.

Así que todo lleva a pensar –¿*quién* piensa?– que esa capacidad de la mente para el delirio: para extralimitarse, para salirse de las pautas, para rebelarse, tampoco sea ajena al

diseño, sino que, muy al contrario, sea lo que el propio sistema necesita para agrietarse e implosionar. Un engendro autopiéctico de tanta envergadura no dejaría al azar la posibilidad de su propia desintegración. Al igual que dispuso las pautas de su evolución también tuvo que introducir los elementos de corrupción: las pautas indispensables a la metamorfosis.